

LA PREVISION EN LAS CIENCIAS HUMANAS (LA BIOETICA COMO EJEMPLO)

POR

MIGUEL AYUSO

I

Bertrand de Jouvenel es principalmente conocido por obras de economía, historia de las ideas y ciencia política. *La crise du capitalisme américain*, *Les débuts de l'Etat moderne* o *Du Pouvoir* son especialmente significativos de esta triple dedicación, por otra parte no del todo aislada o inconexa, sino profundamente entrelazada. En un libro titulado *L'art de la conjecture*, entra también en el terreno de la previsión del futuro —en castellano se tradujo por *El arte de prever el futuro político*—, pues conjetura en la construcción intelectual de un futuro verosímil.

Convertido en futurólogo —si se me permite utilizar una expresión que requeriría más matices que los que admite la naturaleza de esta nota— expresa De Jouvenel en el libro su opinión de que las distintas disciplinas experimentarán una mutación interna provocada por su orientación hacia la previsión. En cada una se preferirán, escribe, las investigaciones que puedan aclarar la dinámica y se verán —lo que no implica un juicio peyorativo en ningún caso— menos talentos dedicados a trabajos de pura erudición. Que esta conversión hacia la dinámica, inspirada por un propósito de utilidad social, se había producido en la ciencia económica, es algo que aparecía como firme a nuestro autor. Pero que había de producir los mismos frutos en relación con las ciencias humanas entraba propiamente en las conjeturas de que se estaba ocupando. Pronto sorprenderá —añadía—, que la prodigiosa expansión de las «artes de los medios» (tecnología), haya tardado tanto en ser seguida de una expansión de las «artes de consejo», pero esta última habrá de producirse con toda seguridad en lo que resta de siglo. Concluyendo, pues, que resulta de una gran urgencia que las ciencias morales se dediquen a la previsión, sin lo cual la necesidad social a este respecto sería satisfecha

por la tecnología, es decir, que una actitud que se ha desarrollado en relación a los «objetos» se extenderá a los «sujetos», que se enseñará a manejar como «objetos».

A pie de página, cita *The abolition of man*, una obra de C. S. Lewis publicada en 1945, y que acaba de traducirse al castellano, como ejemplificación admirable de la denuncia de ese peligro. Uno, me permito añadir, entre los que integran la importante problemática de la escisión entre el mundo del progreso tecnológico y la vida moral, cuya síntesis nos ha presentado recientemente de modo sugestivo, en las páginas de *Verbo*, el profesor Thomas Molnar en un ensayo traducido del inglés por quien firma estas líneas.

Una temática en la que, día tras día, se hace patente la conjetura de Bertrand de Jouvenel, y en la que se percibe de modo ejemplar la inquietud expresada por C. S. Lewis, es la que se ha dado en llamar bioética. En su origen admite esta expresión dos sentidos: uno vago, amplio y utilitario en cuanto ciencia que sirve a las ciencias biológicas para mejorar la «calidad de vida»; y otro restringido a la simple ética médica. Si seguimos al profesor Elio Sgreccia, a quien podemos considerar uno de los más solventes tratadistas entre un piélagos proceloso y erizado de dificultades, la bioética es la filosofía moral de la investigación y de la práctica biomédica y, como disciplina, surge de cuatro series de hechos determinantes: la mejor adecuación del campo filosófico para comprender los límites de todas las ciencias; el avance en el campo biológico-médico que ha planteado el problema de los límites de lo humano; la insuficiencia de la normativa jurídica, sobre todo en el campo de la medicina, para aportar criterios morales a las profesiones sanitarias y a la población en general; y la organización de la investigación y de la práctica médicas, controladas de forma creciente por el poder político.

II

Bien ha visto el profesor Serrano Ruiz-Calderón, en un libro de extraordinario interés que acaba de dar a la estampa, la riqueza de cuestiones —disputadas además— que implica la bioética, así como la diversidad de ángulos de mira con que cabe afrontarlas y los inmensos riesgos que se alzan detrás de cualquier mínimo desenfoque. Por eso, esas *Cuestiones de bioética* (Speiro, Madrid, 1991) sirven, no tanto para engrosar como para desbrozar e iluminar muchos temas deliberada o inconscientemente embrollados

y oscurecidos en el pensamiento que, sólo por respetar el convencionalismo al uso, podemos llamar «moderno».

En tal sentido, su aportación se justifica plenamente en varios niveles. En primer término, en cuanto al nítido punto de partida de sus consideraciones, que subrayan cómo el mero desarrollo de las ciencias biológicas no basta para explicar el éxito e intensidad de la reflexión ética sobre ellas, ni siquiera en cuanto se aplican a las esferas humanas y a la estructura biológica del hombre. El avance científico, y su impacto sobre el hombre, qué duda cabe, han suscitado nuevos problemas o, cuando menos, han permitido que presenten una faz nueva los viejos de siempre; también, al tiempo, han reaparecido —en el momento en que los adelantos científicos parecen echar por tierra antiguos prejuicios y confusiones que atenazaban el conocimiento anterior y que ni siquiera lograron perturbar el juicio moral— temas, como el del aborto o la eutanasia, que parecían superados. Pero la justificación del surgimiento o desarrollo de la disciplina hay que buscarla en otro estrato. Para José Miguel Serrano no resulta difícil señalarlo: «Parece, por tanto, que la crisis en la vigencia social de lo que entre nosotros ha venido a denominarse moral tradicional, está en el centro de las cuestiones de bioética; o, dicho de otra forma, que la descristianización influye en llevar el debate a cuestiones no directamente relacionadas con el problema del progreso científico; aunque, insistimos, cierta idea de progreso favorece el planteamiento de las cuestiones».

Por todo ello —y vamos a enlazar con el segundo nivel—, a la sombra del debate más estrictamente bioético se plantean aspectos que afectan a la propia fundamentación moral, a la antropología, a la concepción de la propia sociedad y de instancias naturales, como la familia. Por eso, también —y sigo de cerca a nuestro autor—, los diversos temas a los que se refiere la bioética tienen un enfoque marcadamente interdisciplinar, lo que se observa, igualmente, en la pluralidad de los campos científicos de procedencia de los autores que han sido pioneros en esta materia. El profesor Serrano, entre aquéllos, se sitúa en el palenque de la filosofía moral, jurídica y política, pues, no en vano, la controversia bioética adquiere inmediatamente trascendencia jurídica, y no se puede abordar plenariamente la cuestión jurídica antes de haber aceptado como un *prius* la solución moral, sin que esto suponga la confusión de moral y derecho, sino la sola comprensión de aquella como marco de referencia imprescindible para éste.

En tercer lugar, no debe quedar sin mención el método dialéctico —en el mejor sentido de la palabra— que sigue y que res-

plandece ya desde el mismo título, pues con el término *cuestión* hace referencia a la fórmula tradicional escolástica de afrontar las disputas (*quaestio*), aunque no lo siga en su complejidad técnica hasta sus últimas consecuencias. Es decir, huye del método dogmático de definiciones —que ha llegado hasta casi asfixiar el derecho privado, principalmente— y prolonga la rehabilitación de un género que se puede observar en obras recientes, como las del jurista Michel Villey o el filósofo André Frossard, y que Juan Vallet de Goytisolo lleva explicando magistralmente en sus investigaciones de metodología jurídica.

En cuarto lugar —*last but not least*, y perdón por el tópico—, es preciso resaltar su orientación inequívoca. El profesor Serrano considera que el magisterio de la Iglesia —que viene prestando atención creciente y aun preferente a estas temáticas desde Pío XII— sirve de punto de referencia no sólo a los creyentes, pero no excluye, sino que obliga al pensador católico a fundar su posición sobre bases científicas y filosóficas. Parece mentira, pero no es frecuente saber cohonestar —como aquí lo hace nuestro autor— la libertad intelectual con la fidelidad al magisterio. Louis Salleron dedicó al problema, hace años, un artículo memorable y, recientemente, el documento de la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe ha puesto las cosas en su sitio. De ahí las justas quejas que Serrano formula contra obras generales de bioética de autores cristianos donde se incluyen en sus apéndices informes parlamentarios ingleses y se excluyen recientes declaraciones pontificas sobre el mismo tema. Y de ahí también su insistencia en que el acercamiento a este tipo de cuestiones desde bases fundamentalmente nacionales y filosóficas debe excluir riesgos, entre los que destacan el sociologismo moral de carácter sincrético —que lleva a la esterilidad de sancionar la vigencia del interés preponderante— o la rebaja voluntaria del mensaje en aras de una racionalidad común. Respecto de esto último escribe: «Podríamos reflexionar sobre a quién beneficia en estas circunstancias el mínimo común denominador, el pensamiento débil, la separación de esferas pública y privada en la actitud del ser humano o el silencio sobre lo esencial. No cabe duda, a mi modo de ver, que esa forma de plantear las cosas tiende a mantener un *statu quo*, a estabilizar la situación, a beneficiar las actitudes dominantes. Y, no lo olvidemos, dichas actitudes no son cristianas. La trampa que se nos tiende no es inocente y, por ello, podríamos preguntarnos si, al caer en ella, nosotros lo somos».

En lo anterior, no he hecho sino recorrer algunas de las consideraciones más significativas, por generales, de las primeras pá-

ginas de la obra del profesor Serrano Ruiz-Calderón. Podría reproducir el procedimiento respecto de su discurrir posterior, en el que se abordan problemas tales como la «neutralidad» de la ciencia, el pluralismo, la metafísica del progreso, la lógica de la investigación y la no-investigación, el retribucionismo penal, etcétera. Baste como prueba de la riqueza de sus páginas la simple enumeración de los títulos que dan rúbrica a las seis cuestiones concretas que siguen a la introductoria: ¿Debemos contribuir los cristianos a la constitución de una bioética neutral en nuestra sociedad? ¿Deben ponerse límites éticos a la investigación científica? ¿Exige la bioética una nueva forma de ética? ¿Podemos decir que desde la fecundación del óvulo nos encontramos ante un ser humano? ¿Podría justificarse la eliminación del concebido no nacido aun admitiendo que sea un ser humano? ¿Debe pensarse a quien comete un aborto voluntario? En el tratamiento de todas las cuestiones se aprecian admirablemente los rasgos que con carácter general he destacado líneas atrás.

III

Termino, enlazando con el comienzo de esta nota. El ya citado C. S. Lewis, distinguido profesor de la Universidad de Cambridge, escribió una trilogía novelesca que presenta con singular brillantez el enfrentamiento del humanista y del científico: *Out of silent planet*, *Perelandra (Voyage to Venus)* y *That hideous strength*, se titulan las ficciones que narran los viajes y aventuras interplanetarios del doctor Ransom, y en las que se registra la oposición del humanista y del científico, llevándolos desde el planeta Venus a una típica Universidad británica. Uno de los científicos plantea la cuestión en términos inequívocos: «Si a la ciencia se le dejan las manos libres, puede dominar a la raza humana y recondicionarla, haciendo del hombre un animal realmente eficiente». Concretando por qué medios se pretende llegar a esa eficiencia. «Esterilización de los inservibles, liquidación de razas atrasadas (no necesitamos ningún tipo de peso muerto), crianza selectiva». Esta educación no excluye, en última instancia, el condicionamiento bioquímico y la directa manipulación del cerebro.

El escritor Ricardo Gullón, comentando esas obras de ciencia-ficción —aunque también de mucho más— del profesor inglés, ha expuesto que si este siglo no hubiera asistido a la puesta en marcha de mecanismos de destrucción idénticos o análogos a los aquí prescritos, podría lo citado atribuirse a la fantasía del nove-

lador, pero el trágico coste en sufrimiento pagado por la humanidad impide tales evasiones. Como tantas veces, el enemigo ha adoptado una máscara conveniente y ambigua: la de quien, siendo constructor, destruye. Por eso —concluía—, desenmascararle es de vital importancia.

He ahí señalada en toda su crudeza *la abolición del hombre* de que también habló Lewis. El cardenal Ratzinger, por su parte, y siguiendo muy de cerca a aquél, se ha referido al ocaso del hombre y el reto de la fe. Las más contrapuestas visiones modernas del mundo, las ideologías, tienen un punto de partida común: la negación de la ley moral natural y la reducción del mundo a «puros» hechos. Ellas conservan de modo incoherente y en diversa medida algo de los antiguos valores, pero en su punto nodal están amenazadas por el mismo peligro. Tenemos que descubrir —ha escrito el teólogo alemán elevado a la púrpura cardenalicia— nuevamente que las grandes conquistas morales de la humanidad son igualmente racionales y verdaderas, incluso más que las adquisiciones experimentales en el campo de la ciencia, de la naturaleza y de la técnica. Son más verdaderas porque tocan más profundamente lo que es propio del ser y porque son más decisivas para el hombre en cuanto hombre.

La bioética, con la constelación de problemas morales, legales y técnicos que lleva consigo, es un campo ejemplar para ejercitar responsablemente la libertad intelectual y para huir de esa destrucción del hombre que caracteriza a nuestro tiempo.